

8-sep-00

LOS PARTICULARISMOS Y LOS NACIONALISMOS CONTINUARAN AL IMPULSO DE LA GLOBALIZACION

Por Agustín Saavedra Weise

En dos notas publicadas el siglo pasado, ya expresé la paradoja de la globalización: a mayor nivel de integraciones supranacionales, mecanismos mundiales de comunicaciones y coordinación, se observa un mayor nivel de fermentos particularistas, etno-nacionalistas y separatistas. Parece que en el marco amplio del nuevo orden mundial emergente, diversos pueblos irredentos o insatisfechos, claman por su autodeterminación y desafían abiertamente a las autoridades centrales. En el contexto globalizador, persiste la particularización. Y ella ha sido realmente efectiva, según datos palpables.

Recientemente, cayó a mis manos un trabajo del investigador Juan Enríquez publicado en la prestigiosa revista “Foreign Policy” (Otoño 1999) Fue particularmente satisfactorio constatar que los puntos de vista del suscrito coinciden con los del citado autor.

En la década de los 90’ se aceleró drásticamente el coeficiente de creación de estados nuevos. En los últimos años del anterior milenio se llegó a la sorprendente cifra de 3.2 estados nuevos cada 365 días. Es así como desde 1950 hasta el 2000 se ha más que triplicado la presencia de nuevos miembros en la Organización de las Naciones Unidas y la tendencia alcista sigue imparable.

Desde la caída de la cortina de hierro y el subsiguiente colapso de la Unión Soviética, hemos sido testigos de cruentas guerras civiles y nuevos separatismos, algunos extremadamente violentos como sucedió en la antigua Yugoslavia (Croacia, Bosnia, Eslovenia, etc.) y otros muy pacíficos y concertados, como acaeció con el desmembramiento de Checoslovaquia y la creación de las Repúblicas Checa y Eslovaquia, con capitales en Praga y Bratislava respectivamente. Desde el punto de vista de la reunificación, solamente podemos contabilizar las de Vietnam y Alemania.

Hoy en día, los gobiernos tienen que temer más a los de adentro que a los de afuera. Diversos grupos internos afianzan sus lazos étnicos, culturales o lingüísticos y defienden su lugar bajo el sol, llegando a cuestionar la legitimidad del estado que los cobija.

Hasta el momento, el continente americano parece inmune a esta tendencia pero – como dice el investigador estadounidense– los límites nacionales no son tan simples ni tan

estables como parecen, ya que el secesionismo no solamente obedece a impulsos nacionalistas ni a malestares sociales; obedece también a los impulsos de la propia globalización que desmenuza al mundo entre sus partes componentes, al mismo tiempo que las acerca entre sí. Separarse pasa a ser algo menos traumático y en muchos casos hasta conveniente, pues puede traer consigo mayor prosperidad a regiones dotadas de recursos, sobre todo cuando deben éstos dividirse a través de actos centralistas y con pocos beneficios directos para la región.

Seguidamente, Enríquez afirma: “A lo largo de la historia, los países buscaron expandirse y pelearon por eso. Hoy, el objetivo de la mayoría de los conflictos es reducir territorialmente a los estados y no agrandarlos...” “Ciertas regiones dentro de determinados países no solamente pueden ser viables al separarse sino que pueden llegar a ser mucho más productivas una vez desligadas de sus ataduras tradicionales. El viejo adagio ‘bien o mal mi país’, se encuentra sitiado”. Concluye Enríquez aseverando que la falta de confianza en los gobiernos centrales incrementa las demandas de mayor autonomía regional expresadas mediante sentencias tales como: “si los tipos de la capital no arreglan las cosas ni se preocupan de nosotros, sabremos cuidarnos solos”. La permanencia de una entidad estatal ya no descansa en su control territorial ni en su ejército, sino en su “*performance*”. La legitimidad yace sobre bases de eficiencia y conciliación, no se sustenta mediante posturas formalistas. En la era de la globalización, los impulsos secesionistas no reconocen fronteras geográficas, concluye nuestro autor.

Dije hace tres años que “si naciones de rancio abolengo y viejo arraigo se encuentran hoy convulsionadas por el fantasma separatista, imagínense lo que puede suceder en la empobrecida Africa o en otras regiones tercermundistas. Es por eso que a los particularismos naturales, hay que anteponerles –sólidamente y con sabiduría– sentimientos nacionales auténticos que refuercen la unidad nacional”. Continuaba luego: “Esto es válido para Bolivia hoy unida, pero con tendencias particularizadoras preocupantes ante el auge de tanto pseudoindigenismo, “identidad propia”, lenguas separadas y otro conjunto de macaneos que aunque desplegados de buena fe, pueden ser peligrosamente centrífugos, máxime ante la proliferación de ejemplos al respecto que brinda el mundo en este fin de milenio...”

Bien, el tercer milenio ha llegado y la situación persiste, agregando a ello un secante

centralismo real frente a la cacareada descentralización que apenas se cumple. Los razonamientos aquí reseñados son lo suficientemente preocupantes como para ponerse a pensar. Ojalá así ocurra y ojalá algo se haga, si es que se quiere sostener efectivamente la unidad boliviana en los difíciles años que vendrán.

-----000000-----